

GANADORES

CONCURSO LITERARIO

INFANTIL: Set de Fantasía
Álex Solergibert Travé, 11 años
“La dimensión de debajo de la cama”

JUVENIL: Set de Fantasía
Jennifer Bonilla Pizarro, 25 años
“Recuerdos”

ADULTO: Escritura de Lujo
Matilde Castiglione Méndez
“Aires de princesa”



ART*ile*TRA

Escrito por el héroe: Guillermo Tell

en Barcelona el 11 de abril de 2010

LA DIMENSIÓN DE DEBAJO DE LA CAMA

Nacho era un niño que siempre se imaginaba una dimensión llena de criaturas inexistentes. Sólo podía jugar a imaginarse cosas porque no tenía amigos.

Se imaginaba que volaba con un dragón por el cielo azul, y su compañero de viajes fantásticos era su fiel amigo Llano, el travieso duende del bosque. Y siempre un malvado ogro solitario les quería atacar.

Una madrugada le pareció oír unos ruidos que venían de debajo de su cama. Él, que era muy curioso, se agachó y se colocó debajo de la cama.

Vio una puerta. Dudó en abrirla, pero al pensarlo dos veces se decidió:

- La abriré. - pensó Nacho

Nacho atravesó la puerta y al otro lado se encontraba un bosquecito con duendes y dragones. Nacho lleno de alegría exclamó:

- ¡Es un mundo genial, tal como lo imaginaba!

Entonces volvió a oír los ruidos y se dio cuenta de que era el malvado ogro solitario el que gritaba.

- ¡El ogro es muy malo! – decía el duende.

Nacho se armó de valor y dijo:

- Yo me enfrentaré.

-¡No! Es muy peligroso, te comerá. – replicó el duende.

- No importa, al menos moriré como un héroe. – exclamó Nacho

Después de una hora Nacho se fue a la cueva del ogro solitario.

Nacho vio al ogro llorando, venció sus miedos y curioso de nuevo le preguntó:

-Porque lloras ogro solitario.

-Grau, grau.- rugió el ogro solitario.

Nacho llegó a la conclusión que el ogro solitario lloraba por que no tenía amigos, no tenía amigos porque no sabía hablar el idioma del mundo fantástico.

Nacho en dos días le enseñó el idioma.

En el pueblo las criaturas buenas estaban desesperadas porque Nacho no volvía.

Se podía oír entre las criaturas:

-Nacho ha muerto.

-Al menos ha muerto como un verdadero héroe.

-Él ha muerto por nosotros.

-Pobre Nacho.

De repente se oyeron dos “holas”, uno más grave que el otro.

Todos los del pueblo miraron hacia el norte, de dónde provenían esas voces.

Vieron a Nacho y al ogro solitario.

Todos se preguntaban:

-¿Porque Nacho viene con el ogro solitario?

Nacho les explico que el ogro solitario no era malo, sino que creíais que era malo porque no sabia hablar el idioma fantástico, sólo sabía rugir y hacer “grau”. El pobre ogro solitario os intentaba decir que si queráis jugar con él.

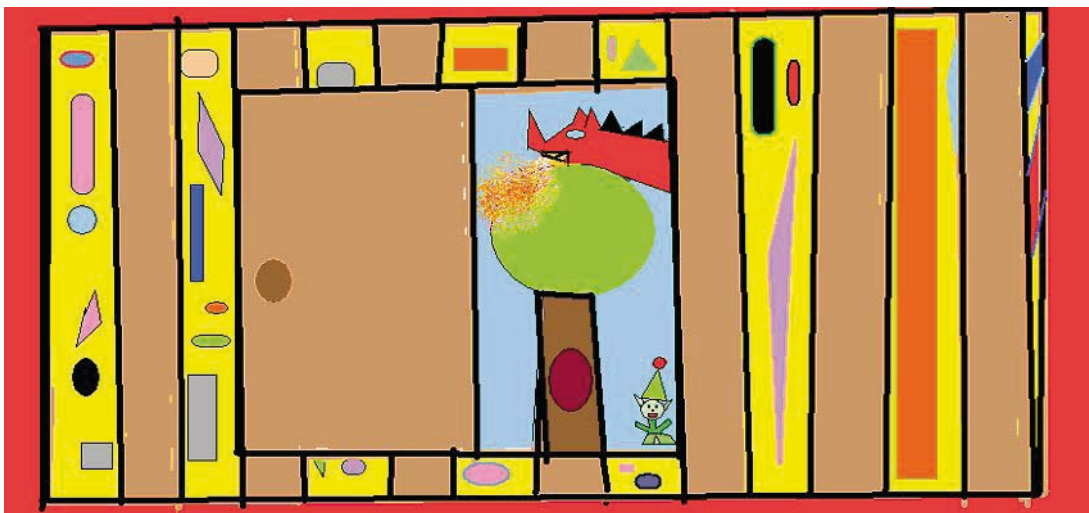
Pero vosotros os asustabais al oír sus rugidos.

Nacho también les dijo que ha tardado tanto porque le ha enseñado el idioma fantástico al ogro solitario.

Todos le pidieron perdón al ogro solitario.

A partir de ese día el ogro solitario tenia muchos amigos, y ya no se llamaba el Ogro solitario sino el ogro simpático.

Nacho también tuvo amigos, pero no eran unos amigos cualquiera, sino unos amigos de debajo de una cama.



Recuerdos

Hacía un año, justo un año. Habían pasado 365 días desde todo aquello... esperaba aquel día con miedo y expectación. Últimamente me sentía mejor, pero sabía que aquella fecha me devolvería al infierno.

La noche antes, cuando me fui a dormir, di vueltas, leí y finalmente el sueño me venció. Entonces, soñé algo muy extraño. Yo estaba en un campo, lleno de flores, estirada y me sentía muy bien. Javier estaba allí, con esa sonrisa que tanto me gustaba y me acariciaba la cara. De repente me decía:

- Tienes que prometerme una cosa, Sandra. Mañana quiero que vayas a la plaza de los arcos. Te sentarás en nuestro bar y te tomarás algo. Yo estaré ahí, aunque no me veas. Yo le decía que sí, que se lo prometía y él me besaba en los labios.
- Te quiero, dime que no me vas a dejar nunca – le pedía yo.
- De una forma u otra, siempre estaré contigo – me susurraba.

Pero de repente me desperté. Durante unos momentos disfruté la sensación de haber vuelto a estar con él, pero pronto me atacó la tristeza. Hacía un año que no oía su voz, hacía un año que no me acariciaba la cara...

No quiero regodearme en la tristeza pero supongo que, para que se entienda mi historia, no me queda más remedio que explicar lo que había pasado hacía un año.

Javier era el chico que me gustaba desde hacía mucho tiempo y finalmente habíamos salido juntos. Por lo visto, yo también le gustaba desde hacía tiempo, pero por unas cosas y otras, habíamos tardado tiempo en darnos cuenta. Salir con él fue maravilloso, y los seis meses que pasé a su lado fueron un sueño. Y digo “era” y “fueron” porque esto forma parte de un pasado irrecuperable. Entre juegos descubrimos el amor y la pasión. Una noche en que sus padres no estaban en casa me preparó una cena. Encima de la mesa me dejó un colgante muy bonito con la inicial de mi nombre. Me dijo que cada mes me regalaría una letra para el colgante hasta completar mi nombre. Puso nuestra canción preferida, una canción que ahora no puedo escuchar sin llorar y bailamos en la terraza de sus padres, que tenía una preciosa vista sobre la ciudad, acunados por la luna. Empezamos a besarnos apasionadamente y esa noche supimos que nuestras caricias llegarían aún más lejos. Queríamos estar siempre juntos, irnos a vivir en cuanto tuviéramos dinero, despertarnos con un beso en los labios cada mañana... Nosotros queríamos muchas cosas, pero el destino no estaba de acuerdo.

Una noche, Javier y yo fuimos de fiesta. Justo antes de quedar con el resto de los amigos me regaló la “R” para el colgante, solo faltaba una letra para completar mi nombre. Aquella noche nos lo pasamos muy bien, pero como siempre, llegó la hora de irnos. Un amigo suyo nos dijo que nos

acompañaba a casa, pero yo preferí irme en moto con una amiga que vivía al lado de mi casa y así ellos no tenían que dar tanta vuelta. Él sí que subió a ese coche y ese coche nunca llegó a su destino. Un accidente me arrebató para siempre más a mi amor. Y no puedo evitar recordar la sonrisa que me dedicó al subir al coche, el beso que me dio,... y que nunca más podrá darme.

No quiero recordar el infierno de los meses siguientes porque demasiado me ha costado superarlo poco a poco. Deseé mil veces haber cogido aquel maldito coche y ser yo la que hubiera muerto. Tras el dolor y la culpa, quedó la tristeza y, después, tan sólo el sentimiento de que nunca podría olvidarlo, simplemente debería conformarme con aprender a vivir con aquello,...

Por eso, ese sueño, justo un año después, me hizo pensar en muchas cosas. Huyendo del dolor, había intentado borrar todos mis recuerdos. Pero ahora, sentía que él estaba más presente que nunca en mi vida. Como si desde el otro mundo cuidara de mí. Tal vez fue una tontería, pero decidí hacer caso al sueño que había tenido. Me fui a la plaza de los arcos y me senté en nuestro bar preferido. Era un pequeño homenaje que le dedicaba en el día del aniversario de su fallecimiento. Prefería hacer aquello, que ir al cementerio, donde para mí no están las personas que quisiste y se han ido. Esas personas están en tu memoria, en tus recuerdos y ahí puedes visitarlos siempre que quieras.

La plaza de los arcos, que es como siempre hemos llamado a esa plaza, es una de las más bonitas de mi ciudad. Tiene una fuente en el centro, está rodeada de arcos. En cada esquina tiene un bar con terraza. Me senté en la terraza de nuestro bar preferido y pedí un café. El camarero no paraba de mirarme y pensé que quizá le extrañara que fuera sola. Cuando me trajo el café, no pudo evitar decirme:

- ¿Sandra?

Me lo quedé mirando, me sonaba mucho, pero no sabía quién era.

- Sí, soy Sandra, sé que nos conocemos, pero ahora no sé de qué – le dije intentando no parecer brusca, pero mientras lo decía, él hizo un gesto como de duda e inmediatamente lo reconocí -. ¡Andrés!

Él sonrió y nos dimos un par de besos.

Era increíble, ¡había cambiado tanto! Andrés y yo nos conocíamos de pequeños, habíamos ido a la misma clase y éramos inseparables. Recuerdo que cuando sus padres le cambiaron de escuela, estuve toda una semana llorando. Después, nos habíamos visto alguna vez más, pero como vivíamos lejos, poco a poco fuimos perdiendo el contacto. Y ahora, como por arte de magia, había vuelto a aparecer justo en el día más triste de mi vida.

Empezamos a hablar, a intentar resumir casi diez años de vida en apenas unos minutos, pero su jefe nos empezó a mirar y Andrés me dijo que debía volver al trabajo.

- Acabo en una media hora. ¿Por qué no me esperas y vamos a dar una vuelta? – me preguntó mi amigo de la infancia.

Y yo sólo pude contestar que sí. Me hacía mucha ilusión volver a charlar con Andrés y saber qué había sido de su vida.

Acabó enseguida y una vez se cambió de ropa, nos fuimos a dar una vuelta por la avenida más típica de mi ciudad. Siempre hay mucha gente y paraditas, por lo que es muy agradable caminar por ahí.

Andrés y yo no parábamos de charlar. Nos explicábamos muchas cosas y no parábamos de hacernos preguntas.

- ¿Y tu madre? ¿Cómo está? ¡Dale muchos recuerdos de mi parte! – le dije, al tiempo que veía como sus ojos se entristecían.

- Me encantaría, Sandra, pero no va a poder ser. Hace medio año que mi madre murió – me dijo
- Lo siento muchísimo – le contesté

Poco a poco, con el dolor del recuerdo, me fue explicando cómo el cáncer se había llevado al ser que más quería. Comprendí su dolor, lo compartí en aquel momento. Entonces dijo algo que me dejó completamente helada.

- Tiene gracia que hoy te haya encontrado y hayamos acabado hablando de todo esto. ¿Sabes? Hoy, en verdad, tengo el día libre, pero ayer soñé con mi madre y en el sueño ella me decía que viniera aquí a trabajar, que cambiara mi día de fiesta. No sé por qué lo hice y mira... te he encontrado.

Sentí un escalofrío, como si una presencia del otro mundo me hubiera estado observando durante todo el tiempo. Él no sabía nada de mi amor, de mi pérdida, de mi dolor ni de mi sueño. Se quedó alucinado, sobretodo cuando le expliqué que en mi sueño Javier también me pedía que acudiera al bar.

Con toda aquella conversación, se había hecho muy tarde y Andrés me propuso que nos fuéramos a cenar. Llamé a casa y le dije a mi madre que llegaría más tarde, le expliqué que me había reencontrado con Andrés y se puso muy contenta. Hacía muchos meses que no salía y supongo que se alegró mucho por mí.

No sé como explicar lo que sentía en aquellos momentos. Es como si de repente, después de sufrir mucho, viera una luz al final del túnel. Estar con Andrés era estupendo. Era como si entre los dos hubiéramos fabricado una burbuja en la que todo era perfecto y maravilloso. Sentía como que estaba viviendo otra vida, como que todo aquello era un sueño. Supongo que por primera vez en mucho tiempo me sentía bien y ya se me había olvidado aquella sensación.

- Es increíble que los dos hayamos ido al bar por un sueño – repetía Andrés.

Y yo sentía lo mismo. Era una coincidencia demasiado fuerte. Pasaron las horas y ni nos dimos cuenta. Pero llegó el momento en que tuvimos que despedirnos. Andrés me acompañó a casa y en el portal me dijo:

- Ha sido la noche más especial que recuerdo en mucho tiempo. ¿Te gustaría que se repitiera? No quiero que te sientas presionada ni quiero que pienses que me quiero aprovechar de ti ahora que estás pasando horas bajas. Así, que si quieres ven a verme al bar. Cualquier día a cualquier hora, te esperaré. Si prefieres olvidar todo esto o para ti sólo ha sido un reencuentro casual, no te preocupes, no pasa nada – y una vez dijo esto, se acercó a mí y me besó con mucha dulzura.

Me dejé llevar por aquel beso tierno y noté que acudían sensaciones que yo creía olvidadas. Fue un beso largo y profundo que me dejó como si acabara de aterrizar en un planeta desconocido.

Llegué a casa flotando, como si no pudiera creerme lo que estaba sucediendo. De repente me sentía como en un sueño adorable. Tenía la sensación de que después de tanto sufrimiento, empezaba a sentir algo bonito, algo que casi había olvidado, algo que no creí poder sentir nunca más. Pero ahí estaba y me debatía entre la tentación de abrazarme a la vida o quedarme anclada en el recuerdo de mi amor pasado. Como si dejar de sufrir significara matar de nuevo mis recuerdos y a la persona que tanto había amado. Cuando me acosté en la cama, la imagen de Javier vino a mi mente. De repente me sentí culpable, como si le estuviera siendo infiel. Pensé que quizá lo mejor sería olvidar a Andrés. No quería traicionar a mi amor y por otra parte, y siendo egoísta, tenía demasiado miedo de volver a amar y volver a sufrir.

Aquella noche mi cabeza no paró de dar vueltas, hasta que sin darme cuenta caí rendida en la cama por el cansancio. Pensé en volver a acudir de nuevo al bar, ver a Andrés y dejarme llevar por esas nuevas sensaciones que empezaban a brotar de mí ser, pero no me atrevía a dejarme llevar teniendo aún tan presente a Javier; así que simplemente dejé que esa tarde tan especial fuera solo eso, una tarde maravillosa con un viejo amigo.

Pasaron los días, esos días en que yo no acudí al bar, ese bar donde Javier y yo nos enamoramos. Mis noches estaban vacías y mis remordimientos eran constantes por haber dejado pasar la oportunidad de volver a ser feliz de nuevo, hasta que una noche, ese 22 de abril, un extraño sueño llamó a mi puerta. Era Javier pidiéndome que fuera a ver a Andrés al día siguiente y le pregunté porque ese día, y me respondió unas palabras que aún sigo oyendo cada vez que cierro los ojos.

- Sandra, ¿aún no recuerdas que tal día como hoy, de hace 15 años conociste a Andrés y te enamoraste de él como una niña pequeña? ¿A caso no recuerdas ese primer beso, esa primera caricia, ese primer te quiero...? Quiero que salgas mañana y te sientes en la plaza de los arcos.

Esas palabras se clavaron en mi pecho como un puñal, pensando que Javier no podía saber eso puesto que aún no lo conocía y nunca le hablé de Andrés, pero sin saber el porqué volví a creer en ese sueño y acudí de nuevo al lugar impulsada por las palabras de Javier.

¿Que hacía yo allí sentada, viendo la gente como pasaba de largo? No entendía ese sueño, hasta que a mi lado se sentó Andrés. Él ni se dio cuenta que yo estaba allí, inmóvil, mirándolo con ojos tiernos. Cuando quise darme cuenta, él ya estaba de pie, delante de mí con una bella sonrisa y solo diciéndome:

- ¡Te has acordado Sandra! El día y el lugar en que por primera vez nos besamos y nos despedimos por mi marcha fuera de la ciudad.

Ese día no pude contenerme más y delante de esa plaza donde ese mismo 23 de abril se despidió de mí con un largo beso, volvió a repetirse susurrándome una y otra vez al oído:

-Esta vez no voy a despedirme de ti, ya no soy ese chiquillo que tuvo que irse de la ciudad y abandonar todos sus recuerdos.

Pasamos esa noche juntos, envolviéndonos con el calor de nuestros besos, nuestras caricias sobre la piel, nuestros alientos desbocados aún por la pasión contenida... y ese despertar, amaneciendo a su lado, sentir como sus ojos me miraban con ternura y deseo del primer día. Esa noche del 23 de abril en que Andrés y yo pasamos la noche juntos, soñamos que estaba su madre y Javier cogidos de la mano mostrándonos un pequeño álbum de fotos y diciéndonos que eso que un día se convirtió en solo unos recuerdos, hoy se convertía en una bella historia de amor.

AINARA

Aires de Princesa

No podía creer que por tercera vez, volviera, no a encontrarse sino chocar con la misma persona. Y en lugares totalmente distintos. ¿Cómo podía ocurrir eso? Crystal molesta y dolida, no sólo por el empujón a sus espaldas, sino por volver a chocar con él. Cegada por la rabia reaccionó sin pensar. Iba a asestarle un puñetazo. Él enseguida la frenó sujetando con fuerza de la muñeca.

Jerrey, el padre, esperaba otro varón. Ártemis, la madre, no quería tener más hijos. Aceptó el embarazo por insistencia de su marido. Una gran decepción al saber que era niña. Una hermana de Ártemis, Alexa, cuidó de ella. No podía entender ese abandono hacia una criatura recién nacida. Sin embargo no dejaron que la tía se la llevara. Alexa contemplaba a la recién nacida y la veía frágil, débil y desprotegida. De esa delicadeza surgió el nombre, Crystal porque parecía que se iba a romper. Recibió el sacramento del bautizo gracias a Alexa que tuvo el valor de llevársela sin que sus padres lo supieran. Pero aquella niña frágil y débil, con el tiempo, se transformó en cristal roto y por lo tanto afilado y cortante.

Él estaba tan desconcertado como ella. Le clavó la mirada queriendo entender que provocaba esa descontrolada furia. De todas maneras no iba a dejar ni siquiera que le rozara. No iba a consentir que nadie le pegara y mucho menos una mujer.

Provenía de una familia adinerada. Por lo que pudo acceder a centros y estudios con categoría, además de los estudios universitarios. La plena dedicación no le permitía tiempo libre al ocio y las amistades. Las chicas. No era un problema. Ellas le buscaban y él lo único que hacía era elegir. Guapo pero las chicas, al final, se decepcionaban.

En su juventud, le quedó el recuerdo de una joven morena alegre y jovial. Simplemente la vio pasar. Iba con una mujer que sonreía pero denotaba cierta incomodidad de cómo se comportaba la joven-cita. Alocada pero divertida. Un detalle de aquella escena, fue que la joven no dudó en enviarle un saludo dulce, cariñoso y a la vez desinteresado al pasar cerca. "Una princesa" fue lo primero que le vino a la mente. Tuvo el sentimiento de querer conocerla aunque sólo fuera una cita. Fue la única vez que se sintió atraído por una chica. Podía haber ido detrás de ella. No lo hizo. Corría el peligro de quedar en ridículo.

En el transcurrir del tiempo, cada tanto, le gustaba visualizar esa escena y recordar la sensación que le dio. Frescura, inocencia, naturalidad. Le resultaba reconfortable pensar en qué hubiese pasado si ..., ..., En el fondo, deseaba volverla a ver.

Quiso cambiar su actitud con las mujeres y le salió el tiro por la culata. Contrajo matrimonio creyéndose enamorado. La mujer con la que se casó le hizo la vida imposible, y todo, por puro interés. Una mujer fría, déspota y maquiavélica. Su fijación era el dinero. Esa experiencia marcó el aleja-

miento de las mujeres. Sin embargo, el recordar a aquella joven morena, perduraba el interés. De todas maneras, volviendo a la realidad, quería olvidar el pasado.

Crystal al sentir su mano izquierda frenada. Con la misma velocidad utilizó la derecha. Nuevamente, él la frenó. Quedó perplejo y, eso, por unos instantes, le hizo flaquear. Ella supo aprovechar ese momento para contraer los brazos y endurecer.

Crystal iba siempre soñando y fantasticando. A ojos de los demás podía resultar divertida, alocada. Para otros una tonta y desequilibrada. Sin embargo en los estudios era buena aunque nadie la valoraba. Valoraban más ese comportamiento raro que tenía. En su casa, desatendida hasta el punto de no dedicarle tiempo ni para enseñarla a caminar. Casi dos años tenía cuando empezó a dar sus primeros pasos. Las piernas anudadas no la permitía gatear, por lo tanto, a fuerza de brazos conseguía desplazarse.

Problemas también con su hermano mayor. “Es una fiera” dijo a sus padres en una ocasión “No se puede jugar con ella, me pega”. Dicho esto la apartaron más. La envidia de Crystal a su hermano cada vez era mayor. Él tenía todos los privilegios. Y demostraba ser mejor que ella, en todo. Finalizó los estudios universitarios sin ningún problema. Crystal terminó fracasando en los estudios. Y era evidente, por la falta de atención y valoración. “Si no quieres estudiar no estudies” palabras de su padre. Aunque eso no la libró de una educación demasiado estricta y autoritaria para que bajara de las nubes. Sin embargo, ella intentaba mantener la cabeza y la moral alta ante el maltrato de sus padres. Pero la impotencia, la rabia y la indignación se apoderaba de ella. Los sueños y la fantasía caían con todo su peso, en la pesadilla. Era como si le estuvieran introduciendo un animal salvaje en su interior. Creía estar rozando la locura. Alexa se había ido. Lloraba. La necesitaba más que nunca. Todo era una tortura hasta que empezó oír una vocecita que trataba de calmarla. No entendía de donde provenía pero esa vocecita, se convirtió en su guía. Al esforzarse por controlar esa fiera interior, con el tiempo, descubrió destreza para la lucha. “Relaja, escucha y actúa. El animal se defiende.” Esa era su frase. A la hora de la verdad no era más que teorías. Le servía para sentirse segura y defenderse si era necesario, nada más.

Él reaccionó tarde. Sujetándola de las muñecas intentó llevarle los brazos hacia la espalda. De entrada no pudo. Eso le indignó. Además porque no pretendía hacerla daño. Uno de los dos debería aflojar.

Probablemente porque procedía de una familia con buenos modales él no era de buscar peleas y menos callejeras. Le dijeron de cobarde en varias ocasiones. Él, ni se inmutó. Tenía tendencia a una vida sana. Es decir, el deporte. Y la natación era uno de los deportes favoritos. El tener buen físico para él no significaba presumir de su fuerza. Aunque en alguna ocasión se vio involucrado. Un par de veces, gracias a su hermano pequeño.

De repente, tuvo la extraña sensación de que, alguien le quitaba una venda de sus ojos. La distancia se había acortado y tenía delante suyo un hombre con el que se estaba peleando. Con un hombre atractivo que la miraba con desconfianza. Aflojó. La sorprendió cuando él consiguió llevarle

los brazos hacia atrás. Crystal al sentirse atrapada se estremeció.

A pesar de ese inevitable comportamiento de Crystal, conseguía atraer a algunas gentes. Las amistades fueron pasajeras. Tuvo oportunidades de salir e intentar divertirse pero al final terminaba sola y desconsolada. El hecho que sus padres la fueran a buscar resultaba bastante embarazoso. La relación con los chicos su padre la trunció. Ocurrió varias veces, quedar con un chico y no poder ir porque al enterarse el padre, éste la encerraba. La sermoneaba diciendo “que si empezaba tan joven a salir con chicos se convertiría en prostituta y viniendo de familia noble eso no lo podía consentir.” Un día, el padre, presenció como un chico la abrazó. Se puso celoso.

Le asaltó la terrible idea de que su padre la estaba viendo y sintió escalofríos. Temerosa intentó mirar a su alrededor. No iba aparecer. Hacía unos años que falleció. Aún así, estar pegada a un hombre le resultó raro. Cambió totalmente. “Su..suéltame” dijo con voz temblorosa Crystal. Al soltarla se apartó de él. Arrepentida y asustada por lo ocurrido, intentó disculparse. No encontraba las palabras:

-Lo..., lo..., siento. – dijo finalmente con dificultad- Yo ..., - nerviosa gesticulaba, desviaba la mirada – Perdón – dijo mirándole pero enseguida bajó la vista.-

Él permaneció inmóvil observándola con dureza. Quería entender lo que había pasado. A medida que Crystal, se desplazaba hacia atrás inquieta y haciendo gestos, la analizaba; morena, guapa, buen tipo. Resultaba graciosa en sus gestos y movimientos, a pesar de su nerviosismo. Esa manera de moverse le hizo volver la vista a su juventud. Aquella joven morena, graciosa y elegante. De repente una fuerte corazonada le puso en alerta. No podía ser cierto. Bastó que esbozara una sonrisa acompañado de un saludo dulce con aire de niña, fresco y natural, para que le confirmara que era ella. Y como si se tratara de un espejismo lentamente se acercó y en tono bajo e inseguro le dijo: “¡¿Princesa?!”

-¿Qué? – alzó la vista. espantada - ¿Cómo me has llamado?

“Mi princesita” le dijo en una ocasión Alexa “Eres una princesa y algún día encontrarás a tú príncipe” En vez de llamarla por su nombre le decía princesa. Era la única que así la llamaba. De alguna manera, eso, se lo debía al trato que recibía de sus padres. Era desgraciada e infeliz. Tenía que estar a disposición de ellos. Obligada a trabajar en la empresa con su padre de secretaria. El terrible problema, que la hacía trabajar, también en casa y fines de semana cuando era necesario. Y si no, era su madre que iba por partida doble. Por un lado, empeñada que tenía que ayudar en la casa “Ponte a limpiar y deja de fantastigar” eso le decía cada dos por tres. O si no, demostrar que la madre era mejor y más guapa que ella.

En noches de verano abría la ventana de su habitación y hablaba a las estrellas pidiendo, como le dijo su tía, “que un príncipe la fuera a rescatar”. Pasaron los años y no habían grandes cambios. Llegó a la conclusión que eso solo ocurre en los cuentos. Era absurdo y ridículo pensar en eso.

“Creo que tendríamos que hablar” se aventuró a decir.

“¿Por qué me has llamado “princesa”?- era todo tan raro que la asustaba.

“Te lo explico, si vienes conmigo” hubo silencio. No quería forzarla pero tenía la necesidad de no perder la oportunidad que tanto había anhelado.

“¿Te apetece..., tomar..., algo?” Sugirió “No sé... Mejor que estar aquí sola”

Ella enmudeció. Tenía tal confusión que le resultaba difícil reaccionar.

La vio indiferente y no respondió. Encima le dio la espalda. Lo interpretó como una negativa. A paso lento marchó.

“¿Sola?!” repitió para sí, bajando la mirada. Volvió la vista atrás suyo donde estaba sentada. En una silla había dejado su bolso y la chaqueta. Sola, no, llegó con su madre que nada más llegar entró con prisas en el bar llevándose consigo sus pertenencias. La asaltó la preocupación del por qué tardaba tanto. ¿Qué estaría haciendo en el lavabo? Hizo el intento de ver hacia el interior del restaurante y en ese momento salía un camarero con muestras de poner la mesa donde ella estaba. “La señora me dijo que comen aquí” dijo al verla de pie. Sintió una punzada en el estómago. Empezaba a despertar y eso la hizo reaccionar con rapidez. Aquel hombre abrió una puerta, una oportunidad de salir de aquel continuo tormento, que no podía dejar escapar.

No sabía que iba hacer ni a donde iría pero ya no aguantaba el trato que le daba su madre. Tanto dar vueltas sobre sí misma y lo estaba perdiendo. Se estaba alejando. . En cualquier momento podía aparecer su madre. Recogió sus pertenencias y como si la persiguieran corrió hasta alcanzarle.

“¡Espera!” Se giró y la esperó.

Minie.